

RETIRO: EL CREDO, SÍMBOLO DE LA FE.

VIII.- CREO EN EL ESPÍRITU SANTO.

(Extraído de Revista Orar, material de Acción Católica General, Catecismo de la Iglesia Católica y otros)

VER:

Este año los retiros están siendo sobre el Credo. Es no sólo importante, sino necesario, profundizar en ello para saber lo que estamos diciendo. La Iglesia apostólica, desde su origen, expresó y transmitió su propia fe en fórmulas breves que ya se recogen en el Nuevo Testamento (Rom 10, 9; 1Cor 15, 3-5). Pero muy pronto la Iglesia quiso también recoger lo esencial de su fe en resúmenes orgánicos y articulados. Estos resúmenes de la fe encierran en pocas palabras todo el contenido del Antiguo y el Nuevo Testamento. A estas síntesis de la fe se las llama:

- **“Profesiones de fe”**, porque resumen la fe que profesan los cristianos.
- **“Credo”**, porque en ellas la primera palabra normalmente es “Creo”.
- **“Símbolos de la fe”**, porque la palabra griega «*symbolon*» significa “recopilación”, “colección” o “sumario”. El “símbolo de la fe” es la recopilación de las principales verdades de la fe.

Entre todos los símbolos de la fe, dos ocupan un lugar muy particular en la vida de la Iglesia:

- El **Símbolo de los Apóstoles**, llamado así porque es considerado como el resumen fiel de la fe de los Apóstoles. Es el antiguo símbolo bautismal de la Iglesia de Roma.
- El **Símbolo Nicenoconstantinopolitano**, que debe su gran autoridad al hecho de que es fruto de los dos primeros Concilios ecuménicos, celebrados en Nicea y en Constantinopla, donde se desarrolla, algo más, el de los Apóstoles. Sigue siendo todavía hoy el símbolo común a todas las grandes Iglesias de Oriente y Occidente.

En el retiro anterior reflexionábamos acerca de que Jesucristo “al tercer día resucitó de entre los muertos”. El artículo del Credo que hoy vamos a contemplar es “CREO EN EL ESPÍRITU SANTO”. El Nuevo Testamento testimonia de muchas maneras la actuación constante del Espíritu Santo en la vida cristiana, es decisiva para nuestra vida cristiana.

Para la reflexión:

- Si alguien me preguntase, ¿sabría explicarle qué es el Credo?
- Y si alguien me preguntase sobre el Espíritu Santo, ¿qué le respondería?
- ¿Suelo tener presente al Espíritu Santo en mi oración? ¿Por qué?

JUZGAR:

El Espíritu Santo es la Tercera Persona de la Santísima Trinidad. Nosotros confesamos que existe un solo Dios en tres divinas Personas. Por eso comenzamos siempre a orar, comenzamos nuestras Eucaristías “en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”; y terminamos nuestra oración con esa exclamación de fe que se viene repitiendo desde los primeros siglos: “gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo”. Con esto afirmamos que:

Dios es el Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos crea y nos ama, y nos llama a la felicidad en Él y con Él. Dios es, asimismo, el Hijo, enviado por el Padre para ser, como Hijo hecho hombre, Señor y hermano nuestro que, muerto y resucitado, nos reconcilia con el Padre.

Dios es Espíritu Santo que, enviado por el Padre y el Hijo, vive en nosotros, nos diviniza y santifica, nos une a Cristo y entre nosotros. Nos lleva a la comunión con Cristo y con el Padre y a su gozo compartido para siempre con nuestros hermanos.

Jesús, el Espíritu Santo y el Padre están relacionados en mutuo y total amor. Una relación que se manifiesta de diversas maneras, como encontramos en el Evangelio según san Juan:

Jn 14, 16-17: ¹⁶Y yo le pediré al Padre que os dé otro Paráclito, que esté siempre con vosotros, ¹⁷el Espíritu de la verdad. El mundo no puede recibirlo, porque no lo ve ni lo conoce; vosotros, en cambio, lo conocéis, porque mora con vosotros y está en vosotros.

Jn 14, 25-26: ²⁵Os he hablado de esto ahora que estoy a vuestro lado, ²⁶pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho.

Jn 15, 26-27: ²⁶Cuando venga el Paráclito, que os enviaré desde el Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí; ²⁷y también vosotros daréis testimonio, porque desde el principio estáis conmigo.

Jn 16, 7: ⁷Sin embargo, os digo la verdad: os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito. En cambio, si me voy, os lo enviaré.

Jn 16, 12-14: ¹²Muchas cosas me quedan por deciros, pero no podéis cargar con ellas por ahora; ¹³cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad plena. Pues no hablará por cuenta propia, sino que hablará de lo que oye y os comunicará lo que está por venir. ¹⁴Él me glorificará, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará.

Paráclito significa abogado defensor, el que acompaña, anima, protege, ilumina... En estos cinco “anuncios” o presentaciones del Paráclito aparece la relación profunda, única, entre el Padre, Cristo y el Espíritu. Nos acercan al ser y a la vida íntima de Dios.

La obra de amor hacia la humanidad iniciada por el Padre, cuyo momento culminante fue la venida al mundo del Hijo Encarnado, Muerto y Resucitado por nuestra salvación, termina en el encuentro real entre el Espíritu Santo y la persona humana. Un encuentro que nos capacita para acoger a Cristo en su significado total para nosotros. Encuentro que es posible porque el Padre, en nombre de Cristo y a petición suya, envía al Espíritu. En este envío participa también Cristo. Así, el Espíritu Santo es el primero que nos despierta en la fe y nos inicia en la vida nueva; no obstante, es el último en la revelación de la Santísima Trinidad.

Para la reflexión:

- ¿Qué me sugieren los textos del Evangelio según san Juan?
- Paráclito significa abogado defensor, el que acompaña, anima, protege, ilumina... ¿Es así como experimento en mí al Espíritu Santo? ¿En qué momentos?

El Espíritu Santo, por tanto, es Dios como el Padre y el Hijo, con la misma divinidad de ambos. Al Espíritu Santo no podemos describirlo ni representarlo como hace Jesús con el Padre en la parábola del padre misericordioso del hijo pródigo, ni podemos contemplar su vida como podemos hacer con la persona y la obra de Jesús, el Hijo encarnado. Al Espíritu Santo sólo lo podemos atisbar de otra manera porque Él vive en todos y dentro de cada uno de nosotros. Él habita y actúa en nosotros, en la humanidad de Cristo, en la Iglesia, en el mundo.

El Espíritu Santo se escapa de todo intento de describirlo en sí mismo. Quizá por eso se le ha llamado “El Gran Desconocido”. También a menudo es “El Gran Olvidado” por los propios cristianos y por eso en nuestra vida no tenemos una imagen más concreta de Él. Y, sin embargo, es Dios mismo habitándonos totalmente.

Cuando Pablo llega a Éfeso, los pocos discípulos que allí encuentra le declaran que no habían oído hablar nunca del Espíritu Santo. No ignoran su existencia, ya que el Antiguo Testamento lo menciona, pero no han realizado la experiencia de su presencia activa. No sería exagerado decir que, dos mil años más tarde, Pablo seguramente recibiría una respuesta parecida de muchos cristianos, porque nuestra percepción del Espíritu es a menudo muy confusa. No sabemos cómo llamarlo, ni cómo representarlo.

Tenemos que recurrir a **las imágenes bíblicas del Espíritu Santo** que nos lo presentan como:

La **PALOMA** es símbolo por excelencia. Cuando Jesucristo salió del agua en el Jordán, bajó el Espíritu Santo en forma de paloma y se posó sobre Él (cf Mt 3, 16). Este símbolo ya tradicional nos manifiesta con sus alas que es un don venido de lo alto. Él se posa en los ungidos para traernos la protección del Altísimo. Y para nuestra sensibilidad moderna, es también símbolo de la mansedumbre y de la paz, que son algunos de los frutos que produce el Espíritu en el corazón del creyente: *«el fruto del Espíritu es: amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, lealtad, modestia, dominio de sí»*. (Gál 5, 22-23).

EL **AMOR**... como nos dice San Pablo en su Carta a los romanos: *«El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos fue dado»*. (Rm 5, 5).

El **VIENTO** en continua actividad y fuerza. Así se muestra en Pentecostés: *«de repente, se produjo desde el cielo un estruendo, como de viento que soplaba fuertemente, y llenó toda la casa donde se encontraban sentados»* (Hch 2, 2). Es el símbolo más empleado: expresa la presencia invisible y a la vez, como el aire, absolutamente necesaria de Dios.

El **AGUA** de la que brota la vida eterna. Igual que el agua fluye del manantial, el Espíritu fluye a torrentes de Jesús, que nos sigue diciendo: *«si alguno tiene sed, venga a mí y beba... de su seno correrán ríos de agua viva»* (Jn 7, 38). El agua significa la acción del Espíritu en el Bautismo, que nos limpia, nos hace nacer a una vida nueva y nos fecunda.

El **FUEGO** que purifica. Nos sugiere la acción purificadora y transformadora del Espíritu en el corazón del hombre. Es el fuego del amor divino que abrasa por dentro a los santos de todos los tiempos, ese fuego que trajo Jesús sobre la tierra: *«He venido a prender fuego a la tierra, ¡Y cuánto deseo que ya esté ardiendo!»* (Lc 12, 49) y jamás debemos extinguir sus seguidores (cf. 1Tes 5, 19).

La **UNCIÓN** que nos consagra y nos enriquece con sus dones. Este símbolo es muy expresivo en el Antiguo Testamento, para indicar el carácter sagrado de una persona. Y desde los primeros tiempos, los cristianos recibían la unción con el óleo, como un sello que los marcaba: *«nos ungió, nos selló y ha puesto su Espíritu como prenda en nuestros corazones»* (2 Cor 1, 21).

Otros símbolos son: la **NUBE** luminosa que nos cubre con su sombra protectora; el **SELLO** que nos deja la impronta de Dios; la mano con la que se nos transmite la fuerza divina; el **DEDO** de Dios, que escribe su ley en nuestro corazón. También aparece representado como la **LUZ** que desciende del cielo.

Los símbolos bíblicos como: viento, agua, fuego, luz, amor-corazón... son los que en la naturaleza hacen posible la vida; sin ellos, ésta desaparece, muere. Así sucede con el Espíritu: sin Él, la vida cristiana es imposible.

Para la reflexión:

- Las imágenes bíblicas nos presentan al Espíritu Santo como paloma, amor, viento, agua, fuego, unción, nube, sello, dedo luz... ¿Cuál de estas imágenes me resulta más cercana? ¿Por qué?
- Reflexiono esta frase: **Símbolos bíblicos como: viento, agua, fuego, luz, amor-corazón, son los que en la naturaleza hacen posible la vida; sin ellos, ésta desaparece, muere. Así sucede con el Espíritu: sin Él, la vida cristiana es imposible.**

Fuera de esta experiencia, por tanto, no es posible percibir su presencia. Pero, a partir de la experiencia que la primera comunidad tiene de Cristo Señor, formula su fe apostólica en el Espíritu Santo como:

- **SEÑOR**, es decir, como Dios Padre es Señor de Cielo y Tierra, y Jesús es Señor...
- **Y DADOR DE VIDA**, reconociendo así que actúa en la creación de toda vida...
- **QUE PROCEDE DEL PADRE Y DEL HIJO**, como sello del amor del Padre (que se da al Hijo) y del Hijo (que es-para-el-Padre en obediencia amorosa)...
- **QUE CON EL PADRE Y EL HIJO RECIBE UNA MISMA ADORACIÓN Y GLORIA**, por parte de todos los que confesamos la fe en la Trinidad Santa...
- **Y QUE HABLÓ POR LOS PROFETAS**, como recordó Jesús en la sinagoga de Nazaret, citando al profeta Isaías: El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva, a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor (Lc 4, 18-19; cfr. Is 61, 1-2).

El camino, por tanto, que nos ofrece la Palabra de Dios para revelarnos al Espíritu Santo es su actuación, su obrar. Y la persona del Espíritu Santo se revela en el Nuevo Testamento. Él no aparece, como tal persona divina, en el Antiguo Testamento; ahí se nos habla del “espíritu de Dios” como su fuerza y su aliento que actúa en la creación, llena con su presencia y acción el corazón de los profetas... pero no se habla de Él de un modo personal.

El Nuevo Testamento sí nos revela al Espíritu Santo actuando personalmente en la vida de Cristo. El comienzo de la vida humana de Jesús es debido a la acción del Espíritu; en el Credo confesamos que “fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo”. Lo que aún hoy nos parece imposible, la concepción virginal, fue posible por la fuerza del Espíritu Santo. En Jesús, Dios realiza el proyecto que tenía previsto desde toda la eternidad: unirse tan profundamente con el ser humano que éste quedara divinizado. Es el Espíritu el artífice que hace realidad el proyecto.

Y es también el artífice de la divinización de cada uno de nosotros, en la medida en la que le dejamos que nos incorpore a Jesucristo. El Espíritu Santo aparece así como “dador de vida divina”. Él hace posible nuestro vivir como hijos de Dios, nuestro ser-para-el-Padre, como Jesús, que en eso consiste la filiación divina. Para esto entrega Jesús a sus discípulos, después de su resurrección, el Espíritu que había prometido (sopló sobre ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo...”). Y en el momento de la Ascensión les recuerda que pronto “recibiréis la fuerza del Espíritu Santo... y seréis mis testigos...”.

Y la Iglesia va a tener presente constantemente esta presencia vivificante del Espíritu. La vida cristiana es obra y fruto del Espíritu Santo, particularmente en la liturgia: **El Espíritu Santo es el protagonista de los Sacramentos**: en el **Bautismo** nos convierte en hijos de Dios en el Hijo; en la **Confirmación** nos hace testigos de Cristo; en la **Eucaristía** convierte el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre del Señor; en la **Penitencia**, por Él se nos perdonan los pecados; en la **Unción de enfermos** fortalece al enfermo y a las personas mayores; en el **Orden sacerdotal** nos configura con Cristo Cabeza, Pastor; en el **Matrimonio** realiza la unión de los esposos como Cristo Esposo-Iglesia Esposa.

El Espíritu nos impulsa también a orar como conviene. Nos convierte en testigos, pone en nuestra boca la profesión de la fe, y también su testimonio y defensa. Él, sobre todo, nos lleva al amor del Padre y del Hijo, y también al amor de los hermanos. Él además nos une en un solo cuerpo que es la Iglesia. Desde su primera venida en Pentecostés, el Espíritu Santo es la fuerza, la luz, el fuego, el vínculo, el consuelo, el don de la Iglesia y de cada uno de nosotros.

Para la reflexión:

- El Espíritu Santo...
 - ...actúa personalmente en la vida de Cristo.
 - ...hace posible nuestro vivir como hijos de Dios.
 - ...es el protagonista de los sacramentos.
 - ...nos impulsa a orar como conviene.
 - ...nos convierte en testigos.
 - ...nos une en un solo cuerpo que es la Iglesia.

¿Cuál de estas acciones tiene más repercusión en mi vida cotidiana? ¿Y cuál menos?

ACTUAR:

Los primeros cristianos, más que preguntarse sobre quién era el Espíritu, se dejaban guiar por Él. Para ellos, la fe era básicamente vida y el Espíritu era “Señor y dador de vida”. Pentecostés es el momento en que el Espíritu Santo, presente en la historia humana desde que el espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas, se manifiesta de manera personal como el que camina con la Iglesia, el grupo de los discípulos de Cristo; como el que la mantiene en la fidelidad al Señor, la capacita para anunciarlo con obras y palabras y como el que convierte a la Iglesia en la servidora de la reconciliación en el mundo. Él es el protagonista de la vida de las comunidades, tal como aparece a través de todo el libro de los Hechos de los Apóstoles. Él continúa la obra salvadora de Cristo.

Manifestado en Pentecostés y derramado en la comunidad, entra en nuestros corazones por el Bautismo y se convierte en nosotros en la fuerza misma de Dios que nos capacita para dar testimonio, viene en ayuda de nuestra debilidad e intercede por nosotros ante el Padre, fortalece nuestra esperanza, distribuye sus dones, carismas y gracias para el bien de todos, posibilita que vivamos en comunión como Iglesia, es nuestro gozo en medio de las tribulaciones.

En toda nuestra vida de fe, esperanza y caridad, el Espíritu Santo está presente y actúa, y para ello nos ofrece sus dones. **Los dones del Espíritu Santo** son disposiciones permanentes que hacen al hombre dócil para seguir las inspiraciones divinas. Son siete: temor de Dios, piedad, ciencia, fortaleza, consejo, entendimiento y sabiduría.

TEMOR DE DIOS: El temor de Dios no tiene nada que ver con el miedo a Dios. El principio del verdadero don de temor es la reverencia hacia la grandeza, el asombro ante la majestad de Dios. El don de temor es semejante al temor del niño a separarse de su Padre, a fallarle, a perderle porque sabe que allí tiene todo lo que necesita y lejos se moriría.

PIEDAD: La Piedad hay que entenderla no como solemos hacerlo, sino en el sentido que tiene la palabra latina “*pietas*”: amor entrañable que se consagra a los padres. Por eso, la piedad es antes que otra cosa sentirse verdadero hijo de Dios.

CIENCIA: A los hombres modernos la ciencia nos suena a gente metida en laboratorios averiguando cosas mediante análisis y experimentos... La ciencia del Espíritu Santo es también una luz para ver las cosas, pero para ver las cosas como Dios las ve.

FORTALEZA: Hemos visto que el don de Temor es asumir nuestra pobreza delante de Dios, asumir que somos niños y no podemos nada. La respuesta de Dios a la debilidad del hombre es el don de Fortaleza. El Espíritu nos hace capaces de lo que humanamente es imposible.

CONSEJO: Todos tenemos pensamientos y proyectos en la vida, criterios sobre lo bueno, lo razonable, lo que debe hacerse y lo que queremos conseguir, pero a menudo todo ello lo hemos construido al margen de Dios. El don de consejo nos revela los caminos, los proyectos y los deseos de Dios.

ENTENDIMIENTO: Hemos visto que el don de ciencia es ver las cosas como las ve Dios; pues bien, el don de Inteligencia es aún mejor, pues consiste en una luz que concede el Espíritu, no ya para ver las cosas, sino para ver al mismo Dios, para reconocerle cuando actúa. Cuantas veces Dios es el desconocido, el que pasa a nuestro lado obrando en nuestra vida sin que le reconozcamos. Camina a nuestro lado pero no sabemos nada de Él.

Sin este don, Jesús será para nosotros alguien maravilloso, al que conocimos, pero no el que nos acompaña en el camino, no el que vive y nos habla aquí y ahora. Sin el don de Inteligencia la Biblia no es más que un libro, la vida no es más que un azar, el hermano no es más que un extraño, la Eucaristía no es más que pan. Con el don de inteligencia se abren nuestros ojos para poder afirmar, como el Apóstol Juan en el lago de Galilea: “¡Es el Señor!”

SABIDURÍA: La palabra “Sabiduría” viene de “*sapere*”, que significa “saborear”, es decir comprobar a qué sabe algo, qué gusto tiene. Nos pueden explicar cómo sabe un melocotón, pero no lo sabremos hasta que mordamos uno y lo saboreemos. Algo parecido ocurre con Dios. Se puede estudiar teología y no “saber” casi nada sobre Dios. Es el Espíritu Santo quien revela quien es Dios, cómo es Dios, a qué “sabe” Dios.

En nuestra vida espiritual procuramos hacer examen de conciencia sobre nuestros pecados en las distintas etapas de nuestra vida. Pero es igualmente importante repasar nuestra vida, poniendo atención en la acción del Espíritu Santo en cada etapa de nuestra existencia. Podemos preguntarnos cada día hacia dónde me mueve el Espíritu de Dios, cómo me acompaña en todos mis actos.

Como hemos dicho, a la vida cristiana la llamamos y es “vida en el Espíritu, según el Espíritu”. De esta manera nuestra vida es “espiritual” cuando se deja guiar por el Espíritu, no cuando se desentiende de la vida refugiándose en un espiritualismo desencarnado. No podemos, por tanto, dejar de revisar nuestro modo de vivir para descubrir por quién nos dejamos guiar: si por el Espíritu Santo y su actuación en nosotros, o por la esclavitud de nuestros instintos materialistas y egoístas.

La Secuencia del día de Pentecostés, que rezaremos al final del retiro, invoca la venida del Espíritu y nos lo muestra, en medio de una Iglesia naciente: «Ven, Espíritu Santo, envía tu luz desde el cielo. Padre amoroso del pobre; don, en tus dones espléndido...».

Este himno va enumerando la acción del Espíritu: «da consuelo, descanso, tregua en el trabajo, brisa en horas de fuego, gozo que enjuga las lágrimas...».

El Espíritu activa las obras de misericordia: «mira el vacío del hombre, riega la tierra en sequía, sana el corazón enfermo, guía al que tuerce el sendero... salva al que busca salvarse y das el gozo eterno».

El hombre verdaderamente espiritual no es el que se evade de la realidad, sino el que se abre al don del Espíritu Santo (cf 1Cor 3, 36-37), se deja guiar por el Espíritu que habita en nosotros y ora con nosotros (cf Rom 8,14-17).

Que este retiro nos ayude a tomar conciencia de que en nuestra vida espiritual, en nuestro testimonio, en nuestra acción en el ambiente en el que vivimos y en la vida de la Iglesia, el protagonismo principal corresponde al Espíritu Santo. No podemos vivir como hijos e hijas de Dios si no nos dejamos guiar por el mismo Espíritu del Hijo.

Para la reflexión:

- Reflexiono este párrafo: Manifestado en Pentecostés y derramado en la comunidad, entra en nuestros corazones por el bautismo y se convierte en nosotros en la fuerza misma de Dios que nos capacita para dar testimonio, viene en ayuda de nuestra debilidad e intercede por nosotros ante el Padre, fortalece nuestra esperanza, distribuye sus dones, carismas y gracias para el bien de todos, posibilita que vivamos en comunión como Iglesia, es nuestro gozo en medio de las tribulaciones.
- Los dones del Espíritu son: Temor de Dios, Piedad, Ciencia, Fortaleza, Consejo, Entendimiento, Sabiduría. ¿Cuál de ellos experimento con más fuerza en mi vida? ¿Cuál creo que debería pedir?
- Reflexiono este párrafo: A la vida cristiana la llamamos y es “vida en el Espíritu, según el Espíritu”. De esta manera nuestra vida es “espiritual” cuando se deja guiar por el Espíritu, no cuando se desentiende de la vida refugiándose en un espiritualismo desencarnado. No podemos, por tanto, dejar de revisar nuestro modo de vivir para descubrir por quién nos dejamos guiar: si por el Espíritu Santo y su actuación en nosotros, o por la esclavitud de nuestros instintos materialistas y egoístas.

SECUENCIA DE PENTECOSTÉS

Ven, Espíritu divino,
manda tu luz desde el cielo.
Padre amoroso del pobre;
don en tus dones espléndido;
luz que penetra las almas;
fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma,
divina luz, y enriquécenos.
Mira el vacío del hombre,
si Tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado,
cuando no envías tu aliento

Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,
lava las manchas, infunde
calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito,
guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus siete dones,
según la fe de tus siervos;
por tu bondad y tu gracia,
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno. Amén.

RETIRO: EL CREDO, SÍMBOLO DE LA FE.

VIII.- CREO EN EL ESPÍRITU SANTO.

(Extraído de Revista Orar, material de Acción Católica General, Catecismo de la Iglesia Católica y otros)

VER:

- Si alguien me preguntase, ¿sabría explicarle qué es el Credo?
- Y si alguien me preguntase sobre el Espíritu Santo, ¿qué le respondería?
- ¿Suelo tener presente al Espíritu Santo en mi oración? ¿Por qué?

JUZGAR – CREO EN EL ESPÍRITU SANTO:

Jn 14, 16-17: ¹⁶Y yo le pediré al Padre que os dé otro Paráclito, que esté siempre con vosotros, ¹⁷el Espíritu de la verdad. El mundo no puede recibirlo, porque no lo ve ni lo conoce; vosotros, en cambio, lo conocéis, porque mora con vosotros y está en vosotros.

Jn 14, 25-26: ²⁵Os he hablado de esto ahora que estoy a vuestro lado, ²⁶pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho.

Jn 15, 26-27: ²⁶Cuando venga el Paráclito, que os enviaré desde el Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí; ²⁷y también vosotros daréis testimonio, porque desde el principio estáis conmigo.

Jn 16, 7: ⁷Sin embargo, os digo la verdad: os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito. En cambio, si me voy, os lo enviaré.

Jn 16, 12-14: ¹²Muchas cosas me quedan por deciros, pero no podéis cargar con ellas por ahora; ¹³cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad plena. Pues no hablará por cuenta propia, sino que hablará de lo que oye y os comunicará lo que está por venir. ¹⁴Él me glorificará, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará.

- ¿Qué me sugieren los textos del Evangelio según san Juan?
- Paráclito significa abogado defensor, el que acompaña, anima, protege, ilumina... ¿Es así como experimento en mí al Espíritu Santo? ¿En qué momentos?

-
- Las imágenes bíblicas nos presentan al Espíritu Santo como paloma, amor, viento, agua, fuego, unción, nube, sello, dedo luz... ¿Cuál de estas imágenes me resulta más cercana? ¿Por qué?
 - Reflexiono esta frase: Los símbolos bíblicos como: viento, agua, fuego, luz, amor-corazón, son los que en la naturaleza hacen posible la vida; sin ellos, ésta desaparece, muere. Así sucede con el Espíritu: sin Él, la vida cristiana es imposible.

-
- El Espíritu Santo...
 - ...actúa personalmente en la vida de Cristo.
 - ...hace posible nuestro vivir como hijos de Dios.
 - ...es el protagonista de los sacramentos.
 - ...nos impulsa a orar como conviene.
 - ...nos convierte en testigos.
 - ...nos une en un solo cuerpo que es la Iglesia.

¿Cuál de estas acciones tiene más repercusión en mi vida cotidiana? ¿Y cuál menos?

ACTUAR:

- Reflexiono este párrafo: Manifestado en Pentecostés y derramado en la comunidad, entra en nuestros corazones por el bautismo y se convierte en nosotros en la fuerza misma de Dios que nos capacita para dar testimonio, viene en ayuda de nuestra debilidad e intercede por nosotros ante el Padre, fortalece nuestra esperanza, distribuye sus dones, carismas y gracias para el bien de todos, posibilita que vivamos en comunión como Iglesia, es nuestro gozo en medio de las tribulaciones.
- Los dones del Espíritu son: Temor de Dios, Piedad, Ciencia, Fortaleza, Consejo, Entendimiento, Sabiduría. ¿Cuál de ellos experimento con más fuerza en mi vida? ¿Cuál creo que debería pedir?
- Reflexiono este párrafo: A la vida cristiana la llamamos y es “vida en el Espíritu, según el Espíritu”. De esta manera nuestra vida es “espiritual” cuando se deja guiar por el Espíritu, no cuando se desentiende de la vida refugiándose en un espiritualismo desencarnado. No podemos, por tanto, dejar de revisar nuestro modo de vivir para descubrir por quién nos dejamos guiar: si por el Espíritu Santo y su actuación en nosotros, o por la esclavitud de nuestros instintos materialistas y egoístas.

SECUENCIA DE PENTECOSTÉS:

Ven, Espíritu divino,
manda tu luz desde el cielo.
Padre amoroso del pobre;
don en tus dones espléndido;
luz que penetra las almas;
fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma,
divina luz, y enriquécenos.
Mira el vacío del hombre,

si Tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado,
cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,
lava las manchas, infunde
calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito,
guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus siete dones,
según la fe de tus siervos;
por tu bondad y tu gracia,
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno. Amén.

